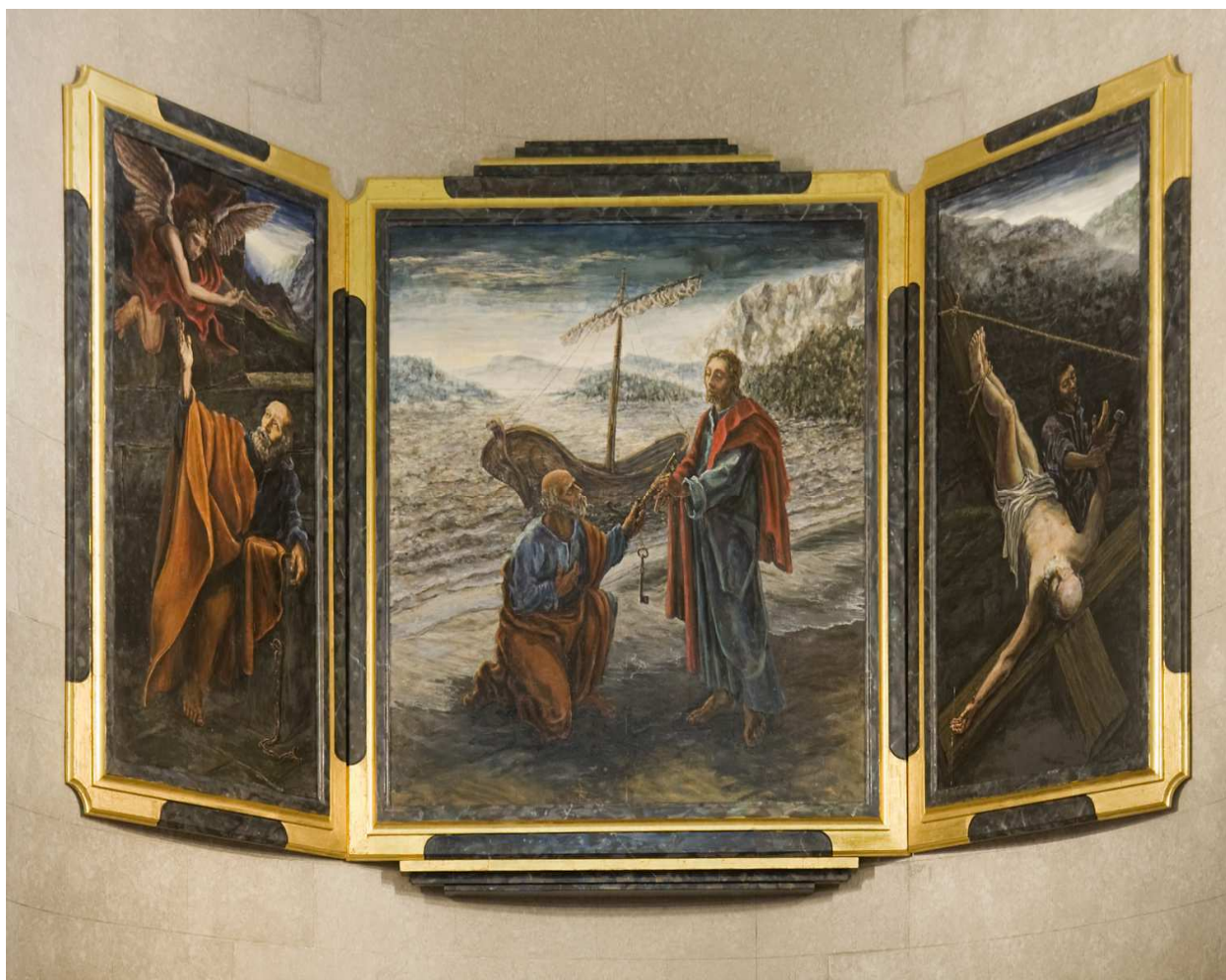


UNA HISTORIA MILENARIA PARA UN TEMPLO MILENARIO



La presencia de las tablas en las iglesias viene desde tiempos remotos; allá por el siglo XI en los templos románicos comenzaron a decorarse tablas con temática religiosa en los frontales de los altares y posteriormente con el nacimiento de la nueva estética, el Arte Gótico, el estilo que produjo una arquitectura de esqueleto porque dominaban los grandes vanos cubiertos con vidrieras frente a los robustos muros del Arte Románico, potenció la difusión de los retablos que podrían adquirir diferentes formas: dípticos, trípticos y polípticos en función del número de tablas. Los movimientos artísticos posteriores siguieron con esa tradición y es difícil no encontrar en las iglesias la presencia de retablos. San Pedro de los Arcos no podía ser menos y su párroco Don Jorge tuvo la brillante idea de ennoblecer el presbiterio con un tríptico trasladando el Crucificado y las imágenes del santo patrón y de la Virgen a las capillas que cierran la única nave de la iglesia. Independientemente de gustos, de perseverar en la tradición, creo y defiendo que la idea del párroco ha sido muy buena y ha

contribuido a poner en su sitio al apóstol que da nombre a este templo milenario aunque su edificación actual sea centenaria.

El soporte elegido por el restaurador, Don Jesús Puras, ha sido la tabla y sobre ella ha colocado el lienzo en el que se desarrollan tres escenas de la vida de San Pedro. La pintura se ha realizado con pigmentos minerales aglutinados con resinas, bálsamos naturales y con óleo de linaza. Ha sido un acierto también el haber optado por un marco de líneas puras evitando imitar fuera de contexto a los retablos medievales y posteriores. Son tres hojas, las laterales dos rectángulos y la central una superficie cuadrangular.

El tema se desarrolla en tres episodios que no siguen necesariamente un orden cronológico; el primero la liberación de San Pedro por el Ángel de la cárcel en la que había ingresado por orden de Agripa -Hechos de los Apóstoles 12, 1-23-, el central -el más importante- la entrega de llaves en una playa y el tercero el martirio. Respecto al primero hay que recordar que fue Rafael en las estancias del Vaticano quien pintó al fresco la liberación de San Pedro optando por tres escenas: la liberación, los soldados y los soldados, ya despiertos, persiguiendo al liberado. En la tabla central el artista ha elegido un paisaje marino para reproducir la entrega de llaves de acuerdo con las palabras que recoge Mateo "Yo te daré las llaves del Reino de los Cielos" pero el marco elegido por los artistas a lo largo de la Historia es diferente. Pietro Perugino en el año 1482 pinta en la capilla Sixtina la entrega de llaves en un paisaje urbano en el que la referencia arquitectónica clásica es evidente, arcos de triunfo y edificio de planta central cubierto con cúpula. Jesús Puras ha optado a mi juicio por un marco más acorde con el relato evangélico. ¿Por qué?. Porque elige como escenario la labor a la que se dedicaba Pedro, la pesca; y no en vano Jesús le dijo "no temas desde ahora serás pescador de hombres". El mar siempre estuvo ligado a Pedro y así lo refieren varios episodios del Nuevo Testamento como la pesca milagrosa -Lucas 5, 1-11 ó Juan 21, 1-14-, Jesús camina sobre las aguas - Mateo 14,22-23-, el tributo del templo -Mateo 17, 24-27- y que así reflejó Masaccio en el primer cuarto del siglo XV en la capilla Brancacci en la iglesia del Carmine en Florencia. Finalmente, el martirio de Pedro fue un tema presente desde el Renacimiento. El templo San Pietro in Montorio de Bramante es un edificio encargado por los Reyes Católicos en el lugar que la tradición fija el martirio del apóstol y posteriormente pintores como Miguel Ángel, Caravaggio, Rubens, Guido Reni...compondrán frescos y lienzos en los que nos muestran la crucifixión de quien tradicionalmente se considera el primer Papa de la Iglesia Católica. El martirio se enmarca en el pasaje de la triple confesión -Juan 21, 15-19- y la crucifixión de

Pedro cabeza abajo tomó como referencia el legado de Tertuliano y Orígenes: "Pedro fue crucificado en Roma con su cabeza hacia abajo como él mismo había deseado sufrir". La tabla izquierda representa que la voluntad de Dios está por encima de todas las cosas, aún no era la hora de Pedro y por eso es liberado. La tabla central puede decirse que es el acto mediante el cuál Cristo inviste a Pedro con plenos poderes pero entre ambos destacan los gestos, el lenguaje no verbal frente al lenguaje verbal. Si esta tabla se concibiese como un cómic se colocaría un globo sobre Jesús y otro sobre Pedro para reproducir la segunda parte del relato evangélico que es un monólogo en el que Jesús instituye el primado de Pedro. Las manos de ambos y la mirada del pescador al Maestro dicen mucho más que mil palabras. Y es aquí donde cabe recordar unas palabras del arzobispo emérito de Sevilla cuando fue elevado a cardenal. En una entrevista le preguntaron por el declive de la salud del Papa Juan Pablo II, de quien se decía que ya no hablaba, y el respondió en los siguientes términos: la mirada, un gesto suplen a la palabra... Efectivamente, aquí pasa algo similar. La mirada de Pedro, el deslizamiento de la llave entre las manos, el recogimiento de Jesús son suficientes para manifestar la solemnidad de aquel acto.

La composición del tríptico se concibe a partir de dos líneas oblicuas; una desde el ángel hasta la parte superior del sagrario formando un ángulo de 45° y otra recorre el travesaño de la cruz cruzándose con la primera con un ángulo de incidencia menor -30° aproximadamente-, de tal modo que dibujan un ángulo obtuso en cuyo vértice se ha colocado un pequeño crucifijo sobre el sagrario, que a su vez parece coincidir con la llave que pende de la mano izquierda de Pedro. No hay una mediatriz pues el mástil de la barca está ligeramente desplazado hacia la izquierda e inclinado pues no es intención del artista mostrar una composición de eco clasicista, equilibrada, sosegada bajo el principio de compensación de masas. La tabla central puede dividirse mediante dos diagonales pero los personajes, la barca, el mar... invaden cada uno de los cuatro triángulos que generan esas diagonales; por ejemplo la figura de Cristo está en tres. Dentro de la escena la línea que sigue la vela muestra un perfil con una moderada inclinación señalando el horizonte hacia un punto desplazado hacia la izquierda y no al centro; todo ello viene a corroborar que domina más el gusto por la herencia barroca que por la clásica. En el conjunto la línea de horizonte tiene un trazado medio y por ello domina el carácter mostrativo por lo que se pretende presentar es una temática que no necesita recurrir a la grandilocuencia y al colosalismo. Asimismo en la tabla izquierda el marco

compositivo se presenta con una diagonal y una oblicua y en su homóloga derecha más o menos se repite el mismo modelo optando por un esquema mucho menos complicado que Caravaggio.

El día de la inauguración el artista aludió a un conjunto de pintores, fundamentalmente renacentistas y barrocos, que le han servido para concebir el tríptico. En la tabla izquierda el ángel en pleno vuelo y en escorzo es recuerdo del veneciano Tintoretto; las alas desplegadas, los brazos abiertos indicando el camino a través del vano de la prisión son los recursos de los que se vale para indicar el movimiento, mientras tanto Pedro parece no dar crédito a lo que le está ocurriendo. La figura del apóstol tanto en esta tabla como en las centrales es un claro recuerdo de los tipos populares del Barroco y fue Caravaggio quien comenzó a recurrir a estos para pintar sus lienzos tanto de temática de religiosa como mitológica; una licencia que en su época no agradaba a los clientes que solían ser miembros de la curia vaticana. La personalidad de Pedro de acuerdo con las Sagradas Escrituras tenía un carácter rudo, era un hombre del pueblo y por tanto así aparece; puede decirse que domina el realismo en el retrato de él. En cambio la figura de Jesús aparece escuálida impregnada de un cierto misticismo y el verdugo o sayón quedando en penumbra inspira en quien contempla esta tabla la representación de una persona centrada en su trabajo sin preocuparle la acción que está cometiendo; su modo de coger la mano de Pedro para estudiar el lugar en el que la va a colocar y el martillo confirman la frialdad del mismo.

Las figuras, ángel y personajes, van envueltos en túnicas, mantos o en un paño de pudor pero esos ropajes muestran el colorido con diferente intensidad en función de los pliegues en los que incide la luz; de ahí que el azul, rojo, anaranjado o incluso el desnudo no tengan la misma intensidad pues allí donde la luz no llega el color es más apagado u oscurecido. De este modo se consigue que las figuras adquieran volumen y ocupen en el espacio el lugar que se les ha asignado. Por otro lado en toda la composición hay que distinguir la pincelada alargada, presente en los ropajes, en la barca y en la cruz, de la pincelada más pequeña, incisiva, agitada de las alas del ángel, del paisaje ribereño, del mar e incluso del abdomen de Pedro, que si lo contemplamos con detenimiento podemos ver la tensión del momento pues parece que sus carnes vibran como consecuencia del tormento o incluso en la cuerda tensada para levantar la cruz que permite deducir el movimiento ascendente contrastando con la flacidez de los cabos que unen la vela con la barca lo cual es un indicador de una situación de calma. De este modo se consigue representar por un lado lo estático de aquello que está en movimiento pero no es un movimiento brusco. Este queda reflejado en el ángel y en el mar que se diferencia del

movimiento congelado de la cruz ya que esta dibuja un ángulo de casi 45° con el suelo. El recurso a la pincelada pequeña para representar el movimiento fue empleado por Velázquez y después lo pusieron en práctica los impresionistas a finales del siglo XIX. El carácter arremolinado de las olas nos permite deducir el movimiento de las aguas dibujando también una línea oblicua al deshacerse en la arena de la playa. En el paisaje se puede distinguir un paisaje de fondo en el que predominan colores fríos a base de grises recordando los paisajes de Leonardo en alguno de sus cuadros -La Virgen de Las Rocas, Santa Ana, la Virgen y el Niño- pero en el tratamiento del mar intenta imitar la mezcla de colores como los impresionistas pues adivinamos un matiz anaranjado que tenía que tener como complemento un azul definido y en este caso el azul del mar queda atenuado por el rompimiento de las mismas.

Uno de los aspectos fundamentales en pintura es el estudio de la luz. En el tríptico podemos identificar un foco principal y otros secundarios. El principal procede de la tabla izquierda a la derecha del ángel e ilumina toda la tabla central -paisaje, mar, entrega de llaves- en la que se identifica las sombras de las figuras de Pedro y Jesús sobre la arena, un foco de luz lejano que tiene delante un cielo ennegrecido, en cierto modo atormentado. Por otra parte de ese foco principal se puede deducir uno secundario que ilumina los brazos del ángel, el rostro, mano de Pedro y en la tabla derecha el resplandor del fondo ilumina el abdomen y la cabeza de Pedro. Tanto en una como en otra la intensidad lumínica tiene una función concreta, potenciar el mensaje, obligando al visitante detenerse en esos aspectos y por ello la finalidad didáctica resulta evidente. La luz contribuye a generar el espacio que no es bidimensional pues las figuras tienen volumen y el paisaje muestra profundidad pero para ello el pintor no necesita recurrir a la perspectiva artificialis mediante líneas de fuga por lo que estamos en condiciones de admitir que domina la perspectiva aérea.

Toda obra de arte debe cumplir tres preceptos: instruir, deleitar, emocionar. Y para instruir tiene que ser clara, para deleitar tiene que ornamentar y para emocionar tiene que ser expresiva. Aquí podemos decir que se cumplen con total rotundidad. No se necesita tener unos conocimientos exhaustivos de Historia Sagrada para identificar las tres escenas, la presencia del tríptico rompe la frialdad del muro del presbiterio y dignifica la iglesia y finalmente cuando nos detenemos ante cada una de las tablas es difícil no sentir algo dentro de nosotros; la importancia de la fe, la fe que mueve montañas y Pedro fue liberado por su confianza, la entrega de llaves podemos llevarla a nuestra vida porque alguna vez hemos sido distinguidos con la asunción de una responsabilidad, de una misión de confianza para la que

desde nuestra modestia -a veces no es tal pero recurrimos a ella- solemos decir que no estamos preparados y el martirio como el sacrificio que deberíamos hacer o padecer nosotros a lo largo de la vida en las diferentes situaciones a las que tenemos que enfrentarnos. En resumen el tríptico desde una óptica cristiana es el compendio de un sistema trinitario: FE, RESPONSABILIDAD y ABNEGACIÓN. Todo ello consigue dotar a la iglesia de San Pedro de los Arcos de un recurso de la catequesis tanto para niños, jóvenes como no tan jóvenes sobre todo en un momento en el que en nuestro país hay una cierta propensión a mitigar los cimientos sobre los que se ha construido nuestra sociedad: el legado grecorromano, el cristianismo y el espacio geográfico ubicado en occidente.